

—Concediendo que nos la arrebate.

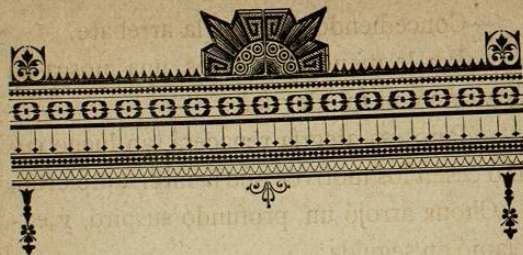
—Por lo menos, ya lo ves, una mosca ha acabado con mi alegría.

—Pero esa alegría renacerá tan luego como cesen los motivos que la interrumpieron.

Chona arrojó un profundo suspiro, y exclamó en seguida:

—Necesito hablar.

Salvador acercó más su silla, y se puso en actitud de oír atentamente.



CAPÍTULO VII.

LA MOSCA IMPERTINENTE.

VOY á confundirte, dijo Chona; ahora me toca á mí ser la que vea claro: por desgracia, mi vista no se ha empañado. ¡Ay! cuánto hubiera dado por algo de ofuscamiento, de locura, de ceguedad; al menos, en todo eso podría encontrar una disculpa.

—¿Pretendes disculparte? ¿vas acaso á moralizar? Ya sabes que yo encuentro todo

eso muy poco divertido; pero ya se vé, á medida que me ves mas cerca, voy dejando de ser *tu dulce compensación*, como me llamabas los primeros días.

—Siempre serás mi dulce compensación: ¿pero dejo por eso de sufrir? eres la compensación de un mal; pero el mal existe.

—Sabes que me parece increíble que una mosca te haya traído hasta el terreno de estas contemplaciones, que bien pueden ser todo lo edificantes que te parezca, pero no por eso son mas adecuadas á nuestra situación. Que mediten el cartujo y el hermano de la archicofradía, ¿pero nosotros? ¿no somos acaso libres? ¿no tenemos el mundo á nuestros piés? ¿no hemos sabido rodearnos de delicias que nacen de nuestras propias manos? ¿Á qué llamar entonces esas sombras siniestras? ¿para qué evocar esos fantasmas que vienen á turbar nuestra felicidad? ¿Te cansa esta felicidad? yo tengo mil felicidades que ofrecerte; ordena y cambiaremos de vida: ¿qué quieres? ¿te sofoca este aire? buscaremos otro en otra casa, en

otro pueblo, en otro país. ¿Ya te cansó lo que te rodea? lo sustituiré con ventaja: ¿quieres muebles mas ricos? ¿quieres otros tapices? ¿otros pájaros? ¿otros perfumes? lo cambiaré todo como en un teatro, ordena: ¿quieres un camarín rojo? ¿quiéres?....

—No, Salvador; quiero algo que tú no puedes darme.

¿Qué no podré darte? pide.

—Mi tranquilidad.

—¿Qué más?... dijo Salvador poniéndose pálido.

—El respeto de mí misma.

—¿Qué más?...

Cruzóse entre Chona y Salvador una profunda mirada, cuya elocuencia sería imposible traducir.

—¡Qué más!... ¡qué más!... repetía muy por lo bajo Chona.

Y reinó en seguida un larguísimo silencio. al cabo del cual dijo Salvador horriblemente contrariado.

—¡Y todo por una mosca! es necesario tolerarte esa rareza en gracia de tu puerili-

dad; la mujer no es mas que una niña cuando se la ama.

—¡Por una mosca! sí, por una mosca que tiene para mí una terrible significación.

Salvador procuró reírse, pero su risa fué tan hueca y tan extraña, que resonó en los azules tapices de aquel retrete, haciendo un contraste extraño.

—¡Una mosca! continuó Salvador, una... en fin, un insecto despreciable... un pedazo de... una futilidad, un... un...

—Una mosca inmunda, es cierto; pero que, representante de no sé cuántas vilezas, ha podido penetrar en este recinto que tú has cubierto de seda, de oro y de riqueza, que has impregnado de aromas, una mosca que ha osado tocar mi frente con una insistencia desesperante; pero... escúchame, Salvador, esa mosca es... es el remordimiento; esa mosca es una mensajera de la región de los dolores y de la podredumbre, que viene á buscar un pensamiento, que viene con toda su desesperante pequeñez y su nauseabundo aspecto á taladrar mi fren-

te, ¿lo comprendes? para sacar del fondo de mi alma, todo lo que de reprobación hay en mí misma; esta mosca me ha preguntado por mi pudor, y por mi nombre, y por mi fe; esta mosca...

—¡Es el diablo! interrumpió Salvador con sarcasmo.

—Es algo mas, es la conciencia, es la mensajera de mis deberes, es el átomo de materia que determina una catástrofe, es una mosca terrible.

¡Ay! antes hubieran podido picarme cien moscas, no buscaban nada en mí; hoy la mosca esta, ha encontrado lo que buscaba, ya lo ves, yo misma me he preguntado ¿por qué sufría? y me he contestado esto:

Cuando no tenemos la conciencia de nuestro bien obrar, cuando hemos delinquido, hay en nosotros mismos ese irresistible acusador de la conciencia, que amarga nuestro pan, que turba nuestro sueño, que marchita nuestras alegrías; y en tal estado, no queremos buscar en nosotros mismos la causa del desasosiego, y buscamos una mos-

ca á quien echarle la culpa y nos impacientamos buscando otro autor al rededor nuestro, antes que apelar al testimonio de nuestra conciencia.

Yo he sido criminal, he faltado á mis deberes, he delinquido, ¿qué derecho tengo á la tranquilidad, á la paz? ¿quién soy ante el placer, sino una limosnera escapada de las filas de las mujeres puras? ¿qué son para mí misma? ¿lo sabes tú, gran soñador? ¿sabes quién soy yo para mí misma? ¡soy menos que una mosca!

—¡Chona, qué cruel eres! Así te matas.

—Soy justa, no me lavo las manos, soy la primera en condenarme, no hay rehabilitación posible.

—¡Chona! ¿á dónde vamos á parar?

—A la verdad, á donde para todo.

Salvador había fijado en Chona, una de aquellas miradas de magnetizador, miradas penetrantes, que encierran para nosotros un misterio enojoso; pero era un hecho, Salvador ejercía un poder magnético y so-

brenatural sobre Chona; la hacía dormir á su pesar.

La misma Chona explicaba que Salvador tenía en sus ojos, algo como esa fascinación de la serpiente que atrae al pajarillo, algo como esa atracción del abismo; y que después de esta primera coacción irremediable, debía establecerse, algo como el ipnotismo que adormecía sus nervios, y que, siempre, siempre que Salvador quería la obligaba á dormir.

En esta vez, después de una mirada, de una duración casi imposible para mirada, Chona dejó caer los brazos y se quedó dormida.

Salvador la contempló aún por largo tiempo, observó los latidos de su corazón, notó que la respiración era regular y lenta y se levantó de su asiento.

Al acercarse á la puerta, salió del pecho de Chona un profundo suspiro.

Salvador volvió el rostro y dirigió una mirada dominadora sobre Chona, y formuló interiormente como un mandato.

En seguida salió de la habitación.

—¿Qué iba á hacer Salvador? Iba á estar solo.

Había otra alcoba contigua al retrete azul: allí había uno de esos sillones que les sirven á los enfermos, era un sillón para acostarse á leer.

Salvador se dejó caer en el sillón, cruzó la pierna y comenzó á atusarse las barbas.

—Se reventó el hilo por lo mas delgado, dijo; tiene Chona en estos momentos en el alma una procesión, y está mas apropósito para cantar misa que para amar.

¡Adios conquista de mi filosofía parisiense!

Estoy expuesto á que Chona me despida bonitamente entre dos Padre nuestros y una Ave María.

Triunfa la religión católica, apostólica.....

¡Maldita mosca! en esa mosca está el espíritu de algún buen señor de antaño, que se permite hoy exhumarse en traje de mosca para hacerme un perjuicio; y luego que como moscas las hay en todas partes....

¡Hé aquí la copa vacía!

A partir de este momento, vamos á estar muy divertidos haciendo apuntes para nuestra historia.

¿Quién diablos me metió en la cabeza cazar en vedado?

En verdad, que las tales tórtolas son los animales mas repugnantes que conozco. El día que me las sirvan en la fonda, se las tiro en la cara al fondista.

Yo seré capaz de hoy en adelante de librarme de las tórtolas; ¿pero de las moscas?

Transijamos con la mosca

Supongamos que viene.... ¿de dónde vendrá? ¿del otro mundo? démosle gusto á la mosca, tiene razón la mosca; Chona tiene su mosca que no la ha de dejar.

Aceptemos la monomanía.—

Había un retrato de Chona en aquella pieza.

—Era hermosa: ¡pobre Chona! dijo Salvador mirándolo.

Pero también es justo, exclamó luego como contestándose una pregunta que pasó

tan rápidamente por su imaginación, que casi no fué formulada.

Las últimas vicisitudes resolvieron la cuestión.

Yo, amante de la belleza plástica, adorador de la estética, soñador de líneas,.... ¡vá! acercándose un poco y á toda luz, pues.... ya están allí esas líneas inexorables del tiempo, de ese viejo maldito que marca con unas uñas como las que se usan hoy, esas incisiones indelebles en el rostro: la muerte se anticipa á escarabajear á los suyos en el rostro, y escribe con su uña de talco en la cara á las mujeres, primero un pié de gallo, y después la va subrayando toda como un original que se corrije y que se entrerenglona.

Esas rayitas.... no, decididamente el mundo está sábiamente hecho; hay cuatro estaciones, ¡y en pleno octubre andamos queriendo atrapar una primavera por los cabellos!....

¡Inutil afan!.... adelante.

Galvanizad cadáveres, divertíos con los

muertos, gastad cuanto queráis vuestra batería y vuestras sales, al fin el muerto comenzará á apestar, y tendreis que suplicar atentamente al sepulturero que se lleve eso.

Esto es claro como la luz, y si en vez de «ser así» como soy, me pusiera á hacer versos, acabaría por aceptar la escuela romántica con todas sus consecuencias, y me lucía como hay Dios.

Después de todo, Chona está mas propósito para Carlos que para mí; yo veo en Carlos algo mas de santo que en mí. Carlos es todavía susceptible de plantarse un cilicio y ganarse el cielo por ese caminito, cuya invención no carece de chiste.

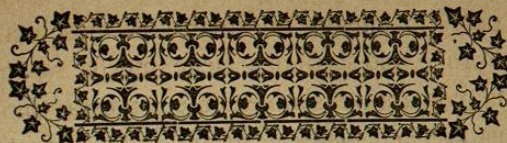
Por otra parte esto sí sería una reparación completa.

¡Y qué mucho que fueran felices todavía, cuando don Juan Tenorio se está mamando ahora una gloria de Padre y muy señor mío!

La mosca es un insecto delicioso.

¿A quién de tantos venerables espíritus, cuya gravedad me es notoria, le ocurriría la

peregrina idea de encarnarse en mosquita? Porque, eso sí, Chona tiene mucha razón, la mosca no es simplemente la mosca; Chona lo ha conocido al palmo, ¿y qué vamos á hacer con ello? Adelante.... adelante.... Salvador bostezó profundamente.



CAPÍTULO VIII.

SE ACERCA EL FIN DEL PLAGIO
DE GABRIEL.

ATRAVESABA don Santiago la plaza del pueblo para tomar una callejuela solitaria, y llegar á su casa, cuando un hombre embozado en un jorongo pardo y con sombrero blanco de anchas alas, se acercó á él.

Serían las nueve de la noche.

—¿Usted es don Santiago? preguntó el desconocido.

—Yo soy, contestó don Santiago.

—Vamos á hablar quedito, agregó el desconocido poniendo al pecho de D. Santiago la larga hoja de un puñal.